

PRÓLOGO

Durante mucho tiempo, los economistas, los diseñadores de políticas y los funcionarios especializados en el ámbito de los problemas de las naciones más pobres del mundo contaron una historia que distorsionaba la experiencia humana real. Sus modelos dominantes se amparaban en la idea de que la calidad de vida de un país mejoraba cuando (y sólo cuando) se incrementaba su producto interior bruto (PIB). Ese indicador indiferenciado asignaba notas elevadas a países que contenían desigualdades alarmantes: naciones en las que un porcentaje considerable de la población no gozaba de los frutos de la mejora de conjunto de la economía nacional. Como los países reaccionan a aquellas calificaciones públicas que afectan a su reputación internacional, ese enfoque indiferenciado los alentaba a centrar todos sus esfuerzos en el capítulo del crecimiento económico, sin prestar atención al nivel de vida de sus habitantes más pobres y sin abordar tampoco cuestiones como la salud y la educación, que normalmente no mejoran con el crecimiento económico sin más.

Ese modelo aún sigue vigente. Aunque donde más arraigado se encuentra es en los análisis convencionales del rendimiento de los «países en vías de desarrollo» (es decir, en la vertiente práctica de la economía del desarrollo y en los organismos relacionados con esta, como el Fondo Monetario Internacional [FMI] y el Banco Mundial), también se recurre a él en abundancia para reflexionar sobre la situación de las naciones ricas y sobre lo que significa para estas «desarrollarse» o mejorar su calidad de vida. (Todos los países están «en vías de desarrollo», aun cuando esa expresión se utilice en ocasiones solamente para referirse a las naciones más pobres: todos los Estados tienen mucho margen de mejora en lo tocante a proporcionar una calidad de vida adecuada para toda su pobla-

ción.) Dado que estos países también contienen grandes desigualdades, el mencionado enfoque genera en ellas distorsiones similares.

Actualmente, existe un nuevo paradigma teórico en el campo del desarrollo y las políticas públicas. Conocido como el enfoque del «desarrollo humano» (y también como el enfoque «de la capacidad» o «de las capacidades»), ese paradigma parte de una pregunta muy simple: ¿qué son realmente capaces de hacer y de ser las personas? ¿Y qué oportunidades tienen verdaderamente a su disposición para hacer o ser lo que puedan? Amén de simple, esta pregunta es también compleja, pues la calidad de una vida humana implica múltiples elementos cuya interrelación precisa de un estudio detenido. De hecho, uno de los rasgos más atractivos del nuevo enfoque es, precisamente, su complejidad: parece bien dotado para responder a la enrevesada diversidad de la vida y el empeño humanos. A fin de cuentas, la pregunta que se propone abordar es la misma que nos hacemos todos en algún momento, a menudo incluso en nuestra vida cotidiana.

Este nuevo paradigma ha tenido una repercusión creciente en las organizaciones internacionales que tratan y debaten cuestiones relacionadas con el bienestar humano, desde el Banco Mundial hasta el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Y gracias a la influencia ejercida por los Informes sobre Desarrollo Humano que publica anualmente desde 1990 la Oficina del Informe sobre Desarrollo Humano de la propia ONU, ahora incide también en la mayor parte de las naciones contemporáneas, que se han inspirado en él para producir sus propios estudios del bienestar (de diferentes regiones y colectivos de sus propias sociedades) basados en el enfoque de las capacidades. Pocos son los países que no elaboran de forma regular algún informe de ese tipo en la actualidad. (Incluso Estados Unidos se incorporó a ese grupo de naciones en 2008.) Hay asimismo informes regionales, como el Informe sobre Desarrollo Humano Árabe. Además, la Asociación para la Capacidad y el Desarrollo Humanos (HDCA, según sus siglas en inglés), que reúne a unos 700 miembros de 80 países, promueve investigaciones de calidad sobre un amplio abanico de temas en los que los enfoques del desarrollo humano y de las capacidades

han realizado contribuciones significativas. Recientemente, por ejemplo, este paradigma ha influido decisivamente en el Informe de la Comisión Sarkozy sobre la medición del rendimiento económico y el progreso social.

El cada vez más influyente «enfoque de las capacidades» ha sido expuesto hasta el momento principalmente a través de densos artículos y libros dirigidos a especialistas. El público lector en general y los docentes de primeros cursos de carreras universitarias se han quejado reiteradamente de la ausencia de un libro más accesible sobre este tema. La presente obra pretende llenar ese vacío clarificando los elementos clave del enfoque y ayudando a los lectores a valorarlo con respecto a otros paradigmas rivales. Pero, por encima de todo, este libro intenta situar el enfoque dentro del contexto narrativo de las vidas humanas mostrando hasta qué punto la perspectiva aquí explicada cambia realmente la apreciación que los diseñadores de políticas tienen de esas vidas y, por tanto, de la capacidad de dichas políticas para conformar intervenciones relevantes que muestren respeto por las personas reales y las empoderen, y que no se limiten a ser un simple reflejo del sesgo o la tendenciosidad de las élites intelectuales.

Mejorar la calidad de vida de las personas exige decisiones políticas inteligentes y la participación dedicada de muchos individuos. Podría parecer innecesario, entonces, escribir un libro teórico sobre el tema, por muy empapado de detalles narrativos que esté. Pero las teorías son una parte sustancial de nuestro mundo, ya que enmarcan nuestro modo de ver los temas, moldean nuestras apreciaciones de lo que es destacado y lo que no, y, por consiguiente, decantan el debate hacia ciertas políticas y no hacia otras. Son muchos los activistas sensatos e inteligentes que no consiguen tener más que una influencia exigua en las altas esferas de poder. Las teorías dominantes que han orientado históricamente la decisión política en este terreno están profundamente equivocadas —como argumentaré en los capítulos siguientes— y, por lo tanto, han canalizado la política del desarrollo hacia elecciones que son erróneas desde el punto de vista mismo de una serie de valores humanos ampliamente compartidos en todo el mundo (como pueden ser el respeto a la igualdad y el respeto a la dignidad). Si queremos que la

elección de políticas avance en la dirección correcta, necesitamos una «contrateoría» que ponga en entredicho esas arraigadas y, a la vez, desacertadas teorías. Esta contrateoría debería servirnos para dar con nuevas fórmulas de articulación del mundo del desarrollo que nos indiquen un catálogo diferente de prioridades y una manera distinta de ordenarlas. El enfoque de las capacidades es la contrateoría que necesitamos en esta era de problemas humanos acuciantes y de desigualdades injustificables.

CREAR CAPACIDADES

Capítulo 1

UNA MUJER EN BUSCA DE JUSTICIA

Por todo el mundo hay personas que se esfuerzan en llevar unas vidas humanamente dignas. Los dirigentes de los países suelen centrarse exclusivamente en el crecimiento económico nacional, pero sus ciudadanos y sus ciudadanas se afanan, mientras tanto, por conseguir algo distinto: unas vidas significativas para sí mismos. El aumento del PIB no se ha traducido siempre en una mejora paralela de la calidad de la vida de las personas, y ningún informe sobre la prosperidad de conjunto de un país servirá probablemente de consuelo a aquellos y aquellas cuya existencia está señalada por la desigualdad y las privaciones. Estas personas necesitan enfoques teóricos que puedan ayudarles en sus esfuerzos o que, cuando menos, susciten un debate público llamando la atención sobre su situación; de lo que no tienen necesidad alguna es de enfoques que oculten esos afanes y sacrificios o que acallen la discusión y la crítica. Como el ya desaparecido Mahbub ul Haq, el economista paquistaní que inauguró los Informes sobre Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, escribiera en el primero de dichos informes en 1990, «[l]a verdadera riqueza de una nación está en su gente. El objetivo básico del desarrollo es crear un ambiente propicio para que los seres humanos disfruten de una vida prolongada, saludable y creativa. Esta puede parecer una verdad obvia, aunque con frecuencia se olvida debido a la preocupación inmediata de acumular bienes de consumo y riqueza financiera».* En opinión de Haq, la economía del desarrollo necesita un nuevo enfoque teórico si pretende responder a los problemas más urgentes de la gente.

* Cita en castellano tomada de PNUD, *Desarrollo humano: Informe 1990*, Bogotá (Colombia), Tercer Mundo, 1990, pág. 31. (N. del t.)

Consideremos el caso de Vasanti, una mujer menuda, de treinta y pocos años de edad, que vive en Ahmedabad, una gran ciudad del estado de Gujarat, en el noroeste de la India. El marido de Vasanti era un adicto al juego y al alcohol. Se emborrachaba con el dinero reservado para los gastos familiares y, cuando lo agotó, se hizo una vasectomía para aprovecharse del incentivo monetario que el gobierno gujaratí ofrecía para fomentar la esterilización. Así que Vasanti tampoco tenía hijas ni hijos que la ayudaran, lo que era un enorme inconveniente para ella, pues una mujer sin descendencia es más vulnerable a la violencia doméstica. Finalmente, y ante el aumento de los abusos recibidos por parte de su marido, ella optó por dejarlo y regresar con su propia familia.

Los padres pobres (o los hermanos, en el caso de que los padres hayan fallecido) suelen ser reacios a acoger de vuelta a un descendiente casado, sobre todo cuando se trata de una hija, ya que esta se lleva consigo en su momento una dote para poder contraer matrimonio. Readmitir a esa hija en el hogar paterno significa una boca más que alimentar y un nuevo cúmulo de preocupaciones. En el caso de Vasanti, además, el divorcio iba a ser costoso porque su marido no estaba dispuesto a concedérselo. Fue muy afortunada, pues, de que su familia sí quisiera ayudarla. Muchas mujeres en su situación acaban en la calle, sin otra alternativa que la del trabajo sexual. El padre de Vasanti, que se dedicaba a fabricar piezas para las máquinas de coser Singer, ya había muerto hacía algún tiempo, pero los hermanos regentaban un negocio de recambios de automóvil en lo que había sido el taller paterno. Usando una de las viejas máquinas del padre y alojándose en el mismo local, Vasanti empezó a obtener unos pequeños ingresos propios cosiendo ojales para abrochar la parte superior de los saris. Sus hermanos le hicieron un préstamo para que adquiriera otra máquina: una con la que coser los dobladillos de ese mismo tipo de prenda. Ella aceptó el dinero, pero no le gustaba depender de sus hermanos: eran hombres casados y con hijos, y su apoyo podía terminar en cualquier momento.

Vasanti descubrió entonces la existencia de la Organización de Mujeres Autoempleadas (SEWA, según sus siglas en inglés), una organización no gubernamental (ONG) pionera en Ahmedabad

que trabaja con mujeres pobres. Fundada por la internacionalmente aclamada activista Ela Bhatt, la SEWA había ayudado ya por entonces a más de 50.000 miembros gracias a programas en diversos ámbitos, como los microcréditos, la educación, la sanidad e, incluso, un sindicato. A diferencia de otros estados indios, Gujarat ha actuado conforme a un orden de prioridades enfocado especialmente hacia el crecimiento macroeconómico, sin dedicar muchos recursos a la atención de las necesidades de sus habitantes más pobres. Ninguna de las políticas gubernamentales que podrían haber ayudado a Vasanti (como programas de ayuda jurídica, sanitaria, crediticia o educativa, por ejemplo) estaban disponibles en aquel territorio. Fue toda una suerte para ella que una de las mejores ONG de la India estuviera radicada casualmente muy cerca de su casa.

Con la ayuda de la SEWA, Vasanti obtuvo un préstamo bancario por su cuenta y devolvió el dinero que debía a sus hermanos. (La SEWA, que inició su andadura siendo una humilde cooperativa de crédito, funciona actualmente como un banco alojado en un impresionante edificio de oficinas del centro de Ahmedabad. Todo el personal directivo y las empleadas del banco son mujeres, muchas de ellas antiguas beneficiarias de los programas de la SEWA.) Cuando yo la conocí, varios años más tarde, Vasanti había devuelto ya la totalidad del importe del préstamo que le había concedido aquella organización. Reunía ya, además, los requisitos necesarios para matricularse en los programas educativos de la SEWA y tenía previsto aprender a leer y a escribir para adquirir las habilidades necesarias que le permitieran dedicarse a la promoción tanto de la independencia social y económica como de una mayor participación social. Con la ayuda de su amiga Kokila, se implicó activamente en la lucha contra la violencia doméstica en su barrio. Aquella amistad habría sido muy improbable de no haber existido la SEWA: Vasanti, pese a su pobreza, pertenece a la casta brahmán, mientras que Kokila es de una de las castas inferiores. Pero, aunque resultan aún muy evidentes en la sociedad en general, las divisiones conforme a criterios de casta y religión son anatema en el movimiento de mujeres indio.

¿Qué enfoque teórico podría dirigir la atención hacia los rasgos

más significativos de la situación de Vasanti, favorecer un análisis adecuado de esta y producir recomendaciones pertinentes para actuar en consecuencia? Supongamos por un momento que no estuviéramos interesados en la teoría política o en la económica, sino únicamente en las personas: ¿qué advertiríamos y qué consideraríamos destacable en la historia de Vasanti?

Para empezar, probablemente, nos llamaría la atención lo menuda que es Vasanti e, inicialmente, podríamos ver en ello el indicio de una mala nutrición durante su infancia. Las familias pobres se ven obligadas con frecuencia a alimentar mal a sus hijos e hijas. Nosotros, sin embargo, querríamos ir más allá y preguntarnos en este caso qué tal les fue a sus hermanos. Y es que hay sobradas pruebas de que las niñas están peor alimentadas que los niños y que se las lleva menos a la consulta del pediatra cuando enferman. ¿Por qué? Porque las jóvenes tienen menos oportunidades de empleo que los jóvenes y, por lo tanto, parecen ser menos importantes para el bienestar de toda la familia. El trabajo que realizan en la casa no aporta dinero, por lo que es fácil minusvalorar su importancia económica. Además, en el norte y el oeste de la India, las chicas abandonan el hogar familiar cuando se casan y se llevan consigo una dote. Resultan, pues, más caras que los chicos, y los padres se preguntan muchas veces por qué han de malgastar recursos en unas hijas que no van a tener a su lado para ayudarlos cuando llegue la hora de la vejez. La mortalidad de las segundas hijas en la India septentrional y occidental es notoriamente elevada. Así que la deficiencia nutricional de Vasanti es producto no sólo de la pobreza, sino también de la discriminación por género.

La desigualdad en la legislación sobre propiedad y herencia contribuye también a los serios aprietos que padecen las hijas indias, y ninguna reflexión sobre la vida de Vasanti debería pasar por alto la incidencia que ese peculiar ordenamiento jurídico ha desempeñado en su situación. Los sistemas de derecho personal basados en principios religiosos que han imperado en la India desde la independencia del país regulan tanto la propiedad y la herencia como el derecho de familia. Todos los susodichos sistemas institucionalizan desigualdades profundas en perjuicio de las mujeres. Hasta 1986, por ejemplo, las cristianas heredaban únicamente una cuarta

parte de lo que heredaban los hijos varones, una costumbre que contribuye seguramente a hacer que el valor de la vida de una hija sea menor que el de la de un hijo. Las mujeres hindúes también han sufrido desigualdades sancionadas por el código de la propiedad hindú; hasta 2005 no consiguieron el derecho a recibir partes iguales de los terrenos agrícolas, siete años después de que yo conociera a Vasanti. La suya no es una familia propietaria de tierras, pero cualquier análisis de los orígenes de su difícil situación nos conduciría naturalmente a reparar en un factor de desigualdad tan estrechamente relacionado como ese.

La reflexión en torno a todas esas cuestiones nos llevaría también a estudiar el impactante desequilibrio entre géneros que se observa en la población de la India. Los demógrafos estiman que, a igualdad de condiciones de nutrición y atención sanitaria similares para hombres y mujeres, las segundas viven de media un poco más que los primeros, lo que se traduce en una ratio esperada de unas 102 mujeres por cada 100 varones. Sin embargo, el censo indio más reciente evidencia que en el país hay 92 mujeres por cada 100 hombres. Y hablamos de promedios. En el sur, donde la propiedad se transmite por línea materna y donde es el marido el que se muda al hogar de su esposa (en vez de llevarse a la mujer consigo), la esperanza de vida básica femenina se corresponde con la predicción de los demógrafos: el estado de Kerala, por ejemplo, arroja una ratio entre sexos de 102 mujeres por cada 100 hombres. En algunos estados septentrionales, sin embargo, esa proporción se encuentra alarmantemente alterada: según una encuesta realizada casa por casa en una zona rural de Bihar, en aquella área geográfica viven solamente 75 mujeres por cada 100 varones. De sobra sabido es, además, que estos desequilibrios aumentan cuando se dispone de información sobre el sexo del feto durante el embarazo y, de hecho, hay clínicas que practican la prueba de la amniocentesis por todo el país. Dado que los abortos selectivos son un problema muy extendido en la India, actualmente es ilegal informarse del sexo del feto con anterioridad al parto, pero esa es una legislación de muy difícil aplicación en la práctica.

Vasanti, pues, ha tenido cierta fortuna, como mínimo, por el hecho de estar viva. Sus padres no la alimentaron muy bien, pero lo

hicieron mejor que otras muchas familias pobres. Cuando la conocí, parecía gozar de una salud razonablemente buena. Tiene además la suerte de ser de constitución fuerte, ya que las personas pobres de Gujarat no tienen fácil acceso a la sanidad. El derecho constitucional indio atribuye a los estados (y no al gobierno federal) todas las competencias en materia sanitaria, lo que produce grandes variaciones de un estado a otro en cuanto a los recursos disponibles para la población pobre. Algunos estados indios —como, por ejemplo, Kerala— cuentan con sistemas sanitarios eficaces, pero la mayoría no.

Lo siguiente en lo que probablemente repararíamos al oír la historia de Vasanti es en el hecho de que una mujer tan inteligente y decidida como ella haya dispuesto de tan escasas opciones de empleo debido a que nunca aprendió a leer y a escribir. Esto es algo que podemos atribuir a un fallo del sistema educativo gujaratí, ya que la educación (como la sanidad) es competencia estatal y no federal, y los niveles de alfabetización varían considerablemente entre estados. En Kerala, el alfabetismo adolescente, tanto masculino como femenino, está en niveles próximos al cien por cien, mientras que, a nivel nacional, un 75,3 % de los hombres y (sólo) un 53,7 % de las mujeres saben leer y escribir. Los factores que generan esta discrepancia guardan relación con los que producen la diferencia entre sexos tanto en el terreno de la esperanza de vida básica como en el de la salud: existe la creencia generalizada de que las mujeres tienen menos oportunidades laborales y políticas, así que, desde la perspectiva de las familias, resulta más lógico asignar las tareas domésticas a las chicas y enviar a los chicos a la escuela. Se trata, pues, de una profecía que se cumple por sí misma, ya que el analfabetismo excluye a las mujeres de la mayoría de los posibles empleos y de muchas oportunidades políticas. Por otra parte, el hecho de que una joven tenga que abandonar pronto su familia de nacimiento para incorporarse a otra a través del matrimonio hace que sus padres se desinteresen por su futuro. Kerala ha abordado estos problemas mejor que Gujarat, aunque sus cifras de creación de oportunidades laborales para los graduados y las graduadas de su sistema educativo son bastante pobres.

Dada la importancia de la educación como vía crucial de acceso

a las oportunidades, en 2002 se introdujo una enmienda en la Constitución india que convertía tanto la enseñanza primaria como la secundaria en un derecho fundamental directamente vinculante para el sistema jurídico-legal del país. Consciente de que muchos padres y madres pobres no dejan que sus hijas e hijos vayan a la escuela porque necesitan del trabajo de estos para sobrevivir, el Tribunal Supremo de la India ha ordenado a todos los centros educativos que ofrezcan a sus alumnos y alumnas una comida nutritiva de mediodía que contenga un mínimo de 350 calorías y de 18 gramos de proteínas a fin de proporcionar a los progenitores pobres un incentivo económico que, en muchos casos, supera en valor los jornales perdidos por el trabajo que sus pequeñas y pequeños no desempeñan durante el horario escolar. Vasanti también se perdió ese cambio, que podría haber servido tanto para alfabetizarla como para aumentar su tamaño corporal.

A nivel nacional, mientras tanto, en 1992 se enmendó la Constitución para asignar a las mujeres un mínimo de un tercio de los miembros de los *panchayats* (o concejos) locales. Este sistema, al igual que la comida del mediodía, proporciona incentivos para que los padres eduquen tanto a sus hijas como a sus hijos, ya que algún día podrían acabar representando los intereses de la familia en el gobierno de la localidad. Este fue otro cambio que también llegó demasiado tarde para Vasanti, pues no pudo influir en su momento en las decisiones educativas que sus padres tomaron para los diversos miembros de la familia. En la actualidad, sin embargo, Vasanti puede aprovechar los programas educativos que ofrece la SEWA para potenciar su propia participación tanto en el mundo de la política como en el del empleo.

Al carecer de educación formal, Vasanti se ha visto privada de un conocimiento adecuado de la historia de su nación y de la estructura política y económica de esta. (Puede ver las noticias por televisión u oír las de boca de sus amigos y amigas, pero su capacidad para acceder a una explicación más integral de la situación o para hacer un seguimiento de las cuestiones que más puedan interesarle está aún seriamente limitada.) Tampoco puede disfrutar de la poesía, las novelas o las múltiples obras de creatividad literaria que enriquecerían su vida y la harían más divertida. De lo que no

está privada, sin embargo, es de la música y la danza, y, de hecho, la SEWA hace un valioso uso de estos medios en sus programas educativos para mujeres como Vasanti.

Una cuestión clave en la historia de Vasanti es la violencia doméstica. Su compleja historia se ha visto afectada, a su vez, por toda una serie de elecciones sociales y gubernamentales en numerosos ámbitos. Es evidente que la violencia de su marido estaba alimentada por el alcoholismo. Varios estados indios han adoptado «leyes secas» por ese mismo motivo, aunque estas no han resultado ser un remedio muy eficaz: de más ayuda habrían sido los programas educativos sobre el alcohol y las drogas, y los de tratamientos y terapias de calidad, pero el gobierno estatal no contemplaba ninguno de ellos para la población pobre de Gujarat. En el sentido contrario, sin embargo, no es la inacción, sino la acción directa del estado la que explica la vasectomía del marido de Vasanti: sobornar a varones pobres para que se practiquen la vasectomía no es un muy buen método de control demográfico, y no lo es por numerosos motivos, entre los que cabe destacar el hecho de que priva a las mujeres de su libertad de elección. En cuanto a la violencia propiamente dicha, Vasanti no recibió ayuda alguna de la policía, algo que respondía a una débil vigilancia del cumplimiento de la ley y a una mala formación policial. De ahí que su integridad física y su salud estuvieran constantemente en peligro, y que viese violada su dignidad.

Cuando pensamos en violencia doméstica tenemos que considerar las opciones de salida y el poder de negociación con los que cuentan los cónyuges en el matrimonio. Si una mujer puede irse, no tiene que soportar que la maltraten. Y cuando el marido sabe que ella puede irse porque dispone de oportunidades laborales o de control propio sobre la propiedad, se reduce (cuando no se elimina) la probabilidad de que la mujer sea objeto de malos tratos. Una importante investigación llevada a cabo por Bina Agarwal muestra que la propiedad de tierras es el factor más relevante a la hora de explicar por qué unas mujeres de una misma región padecen abusos domésticos y otras no. La mujer que es dueña de tierras es menos proclive a ser víctima de maltrato porque puede abandonar el matrimonio cuando quiera, a sabiendas de que, cuando lo deje, podrá llevarse consigo algo de gran valor. Otras fuentes de poder

negociador sobre un marido abusador son el empleo, la educación, la propiedad de bienes muebles y los ahorros. Una familia de origen que sea compasiva también brinda opciones de salida a la esposa. La de Vasanti tuvo un comportamiento fuera de lo común porque le dio la opción de dejar a su marido con dignidad e, incluso, de incorporarse a un empleo. Pese a todo, la dificultad de obtener su divorcio —el sistema judicial es lento y tiene fama de corrupto— le complicó bastante la posibilidad de valerse plenamente por sí misma.

El préstamo de la SEWA cambió ese panorama. La organización facilitó a Vasanti una fuente de sustento que la desligaba del estatus de persona dependiente que había tenido hasta entonces; el dinero era suyo y podía darle el uso que quisiera sin preocuparse por lo mucho o poco que eso pudiera disgustar a sus hermanos. Esa independencia potenció su autoestima y su capacidad de elegir.

El precio que la violencia doméstica se cobra en la salud física de quienes la padecen es enorme, y su efecto sobre la salud emocional no es menos devastador. Las mujeres que se encuentran en la situación de Vasanti suelen sufrir mucho por culpa del miedo y de la ira que tienen que reprimir. A menudo, no encuentran ningún placer real en la expresión amorosa y sexual. Las condiciones que hicieron posible que Vasanti dejara a su marido mejoraron a su vez su salud emocional, que también se vio muy favorecida por la buena relación con sus hermanos. El préstamo de la SEWA abrió aún más puertas a la felicidad: Vasanti disfruta a todas luces de su amistad con Kokila y de la experiencia de ser respetada y tratada como una igual dentro de un grupo de mujeres.

Durante su matrimonio, Vasanti se vio aislada de toda relación que no fuera la acusadamente desigual que mantenía con su marido abusador. No tenía amigas ni amigos, no podía trabajar, no participaba en política. Esa es la suerte reservada a muchas mujeres que sufren relaciones con abusos, pero es particularmente común entre aquellas cuyo estatus de casta hace que sea vergonzoso para ellas buscar empleo fuera del hogar. Las mujeres de castas privilegiadas como Vasanti suelen estar entonces en peor situación que otras de castas inferiores, pues estas, al menos, pueden circular libremente. A Vasanti se le impidió incluso tener hijos, algo que le

habría facilitado una fuente importante de amor y cariño. La SEWA ha posibilitado que se haga una persona activa en política y que forme un grupo de amigas que la respetan como a una igual. El hecho mismo de que se acercara hasta las oficinas de la SEWA para contar su historia a una perfecta extraña como yo fue todo un síntoma de su nueva actitud abierta y de su curiosidad por el mundo que la rodea. Parecía entusiasmada y orgullosa de hablar de su vida. Aun así, las opciones laborales disponibles para una mujer brahmán como ella continúan estando muy circunscritas a unos ámbitos limitados y su participación en la vida política se encuentra aún bastante restringida por su analfabetismo.

Vasanti participa activamente en un ámbito concreto de actuación política: tanto ella como Kokila trabajan para que disminuya la violencia doméstica. Aun así, cabe preguntarse si conoce bien sus derechos como ciudadana, si vota en las elecciones, si sabe algo acerca de cómo usar el sistema judicial. El sistema de *panchayats* ha contribuido significativamente a potenciar la implicación y los conocimientos políticos de las mujeres, y los niveles de participación electoral de las personas pobres de la India en general son muy elevados, por lo que es probable que ella tenga cierta idea de cómo funciona el sistema político. En cualquier caso, sin una alfabetización y una escolarización formal previas, la capacidad de Vasanti para informarse más a fondo sobre el tema es limitada. Los estudios realizados sobre los *panchayats* han mostrado que a las mujeres analfabetas les cuesta mucho participar en los asuntos de la vida pública y ganarse el respeto que merecen por ello.

La SEWA enfoca sus esfuerzos en un tema muy básico que es transversal a todas esas cuestiones: la capacidad de las mujeres para controlar y planificar sus propias vidas. Esta organización les enseña que no son pasivas, que no son meros objetos a merced de las órdenes de otras personas ni peones ni siervas de nadie: pueden elegir, pueden planificar su futuro. Esta es una idea nueva y emocionante para unas mujeres que han sido criadas para creerse dependientes y carentes de autonomía. En el caso de Vasanti, la posibilidad de elegir y la independencia fueron, en realidad, la principal diferencia entre el préstamo de la SEWA y el de sus hermanos. La satisfacción que le reportaba ese recién descubierto estatus de per-

sona que toma sus propias decisiones parecía impregnar tanto su relación con Kokila (una amiga elegida por ella: quizá, su primera amiga elegida de verdad) como su trato con el grupo de mujeres en general.

¿En qué más podríamos reparar fijándonos en Vasanti y en su historia? No sabemos gran cosa de cuántas horas trabaja al día ni de cómo estructura su jornada. ¿Le queda tiempo para el ocio? ¿Puede alguna vez sentarse (aunque sólo sea un momento) a pensar, o a disfrutar de algo hermoso, o a beber té con sus amigas? Al parecer, le gusta vestir bien. Su sari es de un precioso color azul vivo; Vasanti, como la mayoría de las mujeres pobres de la India, no deja que su pobreza limite su imaginación estética. Muy probablemente, tiene también la posibilidad de disfrutar, en cierta medida, de actividades de juego y ocio, no tanto porque su sociedad haya protegido ese tiempo de asueto para todos sus ciudadanos y ciudadanas, sino, más bien, porque ella no tiene hijos ni responsabilidades para con ninguna familia política. El lado bueno de su desgraciada historia es que, por lo menos, ella no está atrapada en la «doble jornada» que para millones de mujeres de todo el mundo supone, por un lado, el desempeño de un empleo agotador y, por el otro, la responsabilidad exclusiva sobre las tareas domésticas y el cuidado de niños y ancianos. En general, pues, el de la protección de un tiempo de ocio para los trabajadores y, en especial, para las trabajadoras es un aspecto muy importante a la hora de crear una sociedad digna.

Precisamente, pensando en el juego y la diversión, me pregunté si a Vasanti le interesaba conocer a hombres buenos para, tal vez, volver a casarse en cuanto su divorcio fuera ya definitivo. Uno de los aspectos más sorprendentes del movimiento de mujeres indio ha sido la ausencia, prácticamente total en él, de los conceptos románticos occidentales. Las mujeres que han tenido que soportar un matrimonio desdichado rara vez expresan interés alguno en buscar un nuevo esposo. Quieren ser capaces de vivir sin un hombre y les encanta que uno de los ideales centrales de la SEWA sea la noción gandhiana de autosuficiencia. Aplicada a la situación de estas personas, la lógica dicta que, del mismo modo que la India no podía conquistar su autoestima y su libertad sin alcanzar la autosuficien-

cia con respecto a su amo colonial, las mujeres tampoco pueden tener amor propio y libertad sin liberarse de la dependencia de sus amos coloniales particulares, en su caso, los hombres. Las mujeres ven en la capacidad de vivir sin un hombre una señal de autoestima. Pero de ese modo, ¿acaso no se ven esas mismas mujeres (que suelen ser homófobas y, por consiguiente, muy poco proclives a participar en relaciones lésbicas) privadas de uno de los grandes placeres de la vida?, podríamos preguntarnos. ¿Realmente eligen vivir en soltería o están demasiado traumatizadas desde el punto de vista emocional (o agotadas por la malnutrición) como para buscar un compañero? Lo cierto es que, con su manera de hablar de las nociones occidentales de romanticismo y de expresar su preferencia por la solidaridad con un grupo de mujeres, nos recuerdan que un modo de vida (en este caso, el de la vida en una relación romántica de pareja, ya sea del mismo o de distinto sexo) no tiene por qué ser necesariamente el óptimo para las mujeres de cualquier lugar del mundo.

Habrán algunas y algunos de nosotros, como mínimo, que tal vez queramos preguntarnos por la relación de Vasanti con su entorno. ¿Está contaminado? ¿Es peligroso? ¿Tiene ella oportunidad alguna de reflexionar sobre temas medioambientales y de tomar decisiones por sí misma y por otras personas con respecto a ese ámbito? Hay muchos movimientos de mujeres de orientación ecológica; no es el caso de la SEWA. Tampoco el estado en el que reside Vasanti destaca por su dinamismo a la hora de abordar esa clase de cuestiones. Es muy posible, pues, que Vasanti carezca de oportunidades para implicarse productivamente en la reflexión medioambiental y que su salud esté actualmente en peligro por culpa de la degradación del entorno en el que vive (contaminación atmosférica, agua de mala calidad, etcétera). A menudo, las mujeres que llevan las vidas supuestamente más «naturales» son las que corren un mayor riesgo, pues los excrementos de vaca, utilizados como combustible en muchos países pobres, son uno de los contaminantes más dañinos para la salud de las vías respiratorias.

Estos son, como mínimo, algunos de los aspectos de la situación de Vasanti que un observador o un lector preocupado y conocedor de su contexto social tomaría en consideración. La relevan-

cia de la mayoría de estas cuestiones es bien sabida tanto por la SEWA como por las personas próximas a Vasanti. Muchos de esos puntos fueron importantes para ella desde un principio. Pero, a medida que conoce más cosas acerca de su situación y de los factores que la producen, otros elementos de los que tal vez no era consciente con anterioridad (por ejemplo, el papel del sistema de *panchayats* o la necesidad de un aporte adecuado de proteínas durante la infancia) también han adquirido importancia para ella.

Los diversos aspectos de la condición de Vasanti mantienen interacciones complejas entre sí, como ya hemos podido ver, pero cada uno de ellos es, al mismo tiempo, un factor diferenciado que debe ser abordado en sí mismo si queremos que Vasanti viva la vida que merece. Una política pública correcta puede influir positivamente en todas las facetas de su existencia. Es lógico, pues, que un enfoque que se dice «del desarrollo» —o, lo que es lo mismo, de cómo hacer mejor las cosas— se centre en cómo afectan las diversas políticas a las oportunidades y a las libertades de Vasanti.

Por desgracia, no puede decirse que los enfoques teóricos dominantes en la economía del desarrollo (enfoques utilizados en todo el mundo, por cierto) estén aliados con Vasanti en su lucha. No «leen» su situación como un activista local o un observador preocupado lo harían. De hecho, tampoco la interpretan de un modo que tenga sentido para la propia Vasanti o, ni siquiera, de un modo que la respete como un ser humano digno con los mismos derechos que las demás personas. Equiparan la buena marcha de la situación (de un Estado o de una nación) con el incremento del PIB per cápita, lo que, dicho de otro modo, significaría que Gujarat estaría aplicando las políticas correctas con tal de que el conjunto de su economía crezca, y que debería compararse con otros estados indios solamente en función de su PIB per cápita.

Pero ¿qué significa esa cifra, por maravillosa que sea, para alguien como Vasanti? Lo cierto es que ni ese número tiene una incidencia apreciable en su vida ni —menos aún— soluciona sus problemas. En algún lugar de Gujarat hay un crecimiento de la riqueza derivado de la inversión exterior, pero ella no ve ni un céntimo de todo eso. Que a Vasanti le digan que el PIB per cápita se ha incrementado de forma considerable es como si le dijeran que en algún

rincón de Gujarat hay una pintura espléndida, pero que a ella le está vedado mirarla, o que hay una mesa puesta con toda clase de deliciosos manjares, pero que ella no va a poder catar ninguno. El aumento de riqueza es un fenómeno positivo porque podría hacer posible que el gobierno adoptase políticas con efectos provechosos en la vida de Vasanti. Pero nada de esto último ha sucedido y tampoco deberíamos sorprendernos de ello. En general, los beneficios de los aumentos de riqueza resultantes de la inversión exterior van a parar, en primera instancia, a las élites. No se trata únicamente de que las cifras del PIB sean un promedio que ignora la distribución real de la renta: como bien ha mostrado el Informe de la Comisión Sarkozy, las ganancias que se obtienen a partir de la inversión exterior no llegan siquiera a incrementar la renta familiar media en muchos y frecuentes casos. Los beneficios de ese incremento económico no se hacen extensivos a la población pobre salvo en aquellas ocasiones en las que esas élites locales sí se muestran comprometidas con políticas de redistribución de la riqueza. Y, en particular, no llegan a las mujeres pobres, cuyas oportunidades laborales son mucho peores que las de los hombres. Según las investigaciones realizadas al respecto, el crecimiento económico tampoco sirve por sí solo para propiciar mejoras en salud y educación si no media una acción estatal directa. Así pues, los factores que de verdad importan para Vasanti no figuran en el enfoque convencional, centrado en un único aspecto que no introduce diferencia alguna en la vida de una mujer como ella.

Así pues, el enfoque convencional no dirige nuestra atención hacia las razones que hacen que Vasanti sea incapaz de participar del disfrute de la prosperidad general de su región. En realidad, contribuye más bien a desviar hacia otro lugar cualquier atención que pudiéramos prestar a los problemas de Vasanti, ya que sugiere que la manera correcta de mejorar la calidad de vida en Gujarat es aspirando al crecimiento económico y nada más que al crecimiento económico.

En *Tiempos difíciles*, Charles Dickens describe un aula donde a los pequeños y a las pequeñas se les enseña el mencionado enfoque convencional. A Sissy Jupe, una niña del circo que acaba de incorporarse a esa clase, le piden que imagine que los alumnos de esa

aula son una nación que cuenta con una riqueza de «cincuenta millones». «Niña número veinte —le pregunta el maestro (pues, en consonancia con ese énfasis en la agregación, cada estudiante tiene un número en vez de un nombre)—, ¿no es esta una nación próspera y no debe usted alegrarse por ello?» Sissy rompe a llorar y sale corriendo de la clase. Luego le cuenta a su amiga Louisa que no podía responder a semejante pregunta «antes de saber si existía dinero o si me correspondía a mí alguno. Pero esto no se relacionaba con el asunto, no figuraba en las cifras».*

Lo que necesitamos, al parecer, es un enfoque que se haga la misma pregunta que Sissy Jupe, que defina el rendimiento y el éxito en función de las oportunidades que se abren a cada persona. Un enfoque así debe partir de un nivel muy próximo a la base social, tomando como referencia los relatos de las vidas de personas reales y el significado humano que para estas tienen los cambios de política. Desarrollar políticas que sean de verdad pertinentes para un amplio abanico de situaciones humanas supone atender a diversos factores que afectan a la calidad de vida de una persona: significa preguntarse, en cada ámbito, «¿qué son las personas en general (y cada una de ellas en particular) realmente capaces de hacer y de ser?». Evidentemente, toda aproximación al desarrollo debe manejar mecanismos de agregación, pero para que las cifras agregadas nos faciliten información relevante, antes debemos empezar por estudiar detenidamente qué capítulos o factores deben destacarse en especial.

Los elementos de la historia de Vasanti guardan una relación muy estrecha con la lista de «capacidades centrales» que presentaremos en breve, por lo que podría parecer, en principio, que mi manera de explicar el relato de la vida de Vasanti es circular y que destaco unos determinados aspectos en concreto simplemente porque ya sé qué componentes figuran en el mencionado listado. Lo cierto, sin embargo, es que no podemos observar una vida ni escuchar una historia sin ir equipados de antemano con ciertas intuiciones preliminares acerca de lo que es significativo y lo que no. Esa es

* Cita en castellano tomada de Charles Dickens, *Tiempos difíciles*, ed. de M^a Juana Ribas, Barcelona, Bruguera, 1967, pág. 86. (*N. del t.*)

la paradoja de la indagación que se menciona en el *Menón* de Platón: si no contamos con idea alguna de qué andamos buscando, jamás lo encontraremos. No obstante, la paradoja en cuestión no nos inhabilita necesariamente para adquirir nuevos conocimientos. Lo que importa es que la búsqueda no sea rígida, sino abierta a nuevos aprendizajes. Yo he intentado aprender mucho antes de elaborar esa lista y las historias como la de Vasanti fueron elementos clave de esa experiencia de aprendizaje (aunque no forman parte de mi justificación de dicha lista, como veremos más adelante). Tampoco se trata de un listado definitivo: si carece de algo que, según nos muestre la experiencia, resulta ser un elemento crucial para una vida humanamente digna, siempre podrá ser impugnada y reelaborada. Yo he intentado (y continúo intentando) formarme un juicio sobre esta cuestión que esté acorde con mi trabajo con innumerables activistas a lo largo de los años, y con mis propias observaciones de lo que sus experimentados ojos perciben como significativo en la vida de las mujeres de sus propias sociedades.

Recientemente, el trabajo empírico realizado por Jonathan Wolff y Avner De-Shalit ha confirmado que las capacidades de mi lista son las que las propias comunidades inmigrantes con las que ellos han trabajado (en Israel y en Gran Bretaña) reconocen como más relevantes. La narración de relatos o de historias nunca es neutra; el narrador siempre dirige nuestra atención hacia ciertos elementos del mundo. De todos modos, deberíamos resaltar la curiosidad genuina y la flexibilidad teórica a la hora de construir una perspectiva alternativa. El «enfoque de las capacidades» nació precisamente para ser una alternativa al enfoque del PIB que incorporara esas importantes virtudes.

El enfoque de las capacidades se ha ido elaborando normalmente en el contexto de las políticas internacionales para el desarrollo, centrado especialmente en naciones más pobres que luchan por mejorar su calidad de vida. Últimamente, sin embargo, también otros países más ricos han empezado a compilar sus propios «informes de desarrollo humano», y sus datos han sido siempre importantes para elaborar los informes de la Oficina del Informe sobre Desarrollo Humano de la ONU. Aun así, hay quienes siguen creyendo que la perspectiva adoptada en dichos estudios resulta

adecuada única y exclusivamente para países pobres. Todas las naciones, sin embargo, albergan multitud de esforzadas historias individuales de aspiración a llevar unas vidas humanamente dignas y en todas se viven y se desarrollan luchas por la igualdad y la justicia. La historia de Vasanti tiene ciertos rasgos que son más infrecuentes en Estados Unidos porque aquí la tasa de analfabetismo es menor que en la India. Pero en las escuelas de los barrios urbanos deprimidos de nuestro país, es habitual que buena parte del alumnado no reciba siquiera un grado apropiado de alfabetización funcional. Y en niveles educativos superiores, continúan observándose alarmantes desigualdades de acceso. La experiencia de la violencia doméstica es probablemente tan común en Estados Unidos como en la India, según muestran algunos estudios, y las estrategias desplegadas para combatirla son aún insuficientes, a pesar de la mayor concienciación pública sobre el problema y de los esfuerzos de los activistas jurídico-legales. Las desigualdades en atención sanitaria y nutrición son generalizadas en Estados Unidos y ese es un fracaso sin paliativos en un país de tan elevada riqueza como el nuestro. Todas las naciones, pues, son países en vías de desarrollo, ya que contienen problemas de desarrollo humano y luchas personales por alcanzar una calidad de vida plenamente adecuada y un mínimo de justicia social. Y todos están actualmente fracasando en mayor o menor medida a la hora de cumplir con el objetivo de garantizar dignidad y oportunidades para cada persona. Todos, pues, pueden hallar inspiración en este enfoque de las capacidades.